**Columnistas**

Domingo 10 de agosto de 2014

El formato lo permite todo

**"Leído 40 años después de su publicación y posterior incautación, “Feliz Año Nuevo” no resulta ni más ni menos escabroso que el resto de los títulos que jalonan la carrera de este prolífico y versátil narrador brasileño..."**





[1 Comentario](http://www.elmercurio.com/blogs/2014/08/10/24235/El-formato-lo-permite-todo.aspx#disqus_thread)

  



[**Camilo Marks**](http://www.elmercurio.com/blogs/columnistas/48/marks-camilo.aspx)

Feliz Año Nuevo, de Rubem Fonseca, fue publicado en 1975 y ha sido, hasta la fecha, el libro más controvertido del casi nonagenario autor. Como suele suceder, el escándalo no se produjo por motivos literarios, sino porque las autoridades brasileñas que regían hacia 1977 decidieron incautar la obra, lo que dio lugar a un extenso juicio, que culminó, ya terminada la dictadura, con una resolución de los tribunales de justicia declarando ilegal la requisición. Leído 40 años después de estos hechos, Feliz… no resulta ni más ni menos ultrajante, ni más ni menos escabroso que el resto de los títulos que jalonan la carrera de este prolífico y versátil narrador. Tampoco hay nada nuevo, nada tan atrevido como para haberse asustado tanto. De modo que si tenemos en consideración estos y otros factores, una vez más vemos cómo la censura, en lugar de reprimir, concluye haciéndole propaganda a un texto que se persigue eliminar.

Sin embargo, detrás de la accidentada trayectoria de Feliz…, en la que es imposible percibir un antes y un después de su aparición en lo relativo al desarrollo de Fonseca, resulta interesante comprobar varios hechos. El primero de ellos se refiere al estilo del prosista oriundo de Minas Gerais: en más de 50 años de ininterrumpida producción, se preserva idéntico, sin variaciones, absolutamente igual a sí mismo, lo que es en realidad asombroso en alguien que ya ha concebido unos 30 volúmenes. Fonseca parece pertenecer a esa categoría de escritores que se mantienen siempre jóvenes, siempre alertas, perpetuamente curiosos y en busca de nuevos registros, conservando, eso sí, recursos semejantes. Este rasgo, en vez de disminuirlo, lo ha engrandecido, porque a pesar de que ahora sabemos que en él no hay sorpresas mayúsculas, de algún modo inexplicable, se las arregla para descolocarnos e intranquilizarnos. Y esto nos lleva a los temas que trata en sus ficciones. Aparentemente ilimitados, de una variedad que se diría infinita, cultos, populares, violentos, obscenos, a veces francamente chocantes, los relatos de Fonseca, o por lo menos la mayoría de ellos, nunca dejan de producir perplejidad. La verdad es que, leyendo a este escritor, en muchas ocasiones uno se pregunta: ¿hasta dónde va a llegar? Y claro, lo extraordinario es que puede dar la impresión de que se va a pasar de la raya, aun cuando se detiene justo a tiempo o bien nos deja frente a situaciones impensables (es lo que sucede con “Abril, Río, 1970” o “Paseo nocturno”, ambos de estremecedora amoralidad). Y aunque la brutalidad insensata o causada por la extrema marginalidad de algunos personajes puede ser el telón de fondo de muchas historias, hay otras mucho más tiernas, más sofisticadas, menos inhumanas, hasta conmovedoras (como “Corazones solitarios”, centrada en el consultorio sentimental de una revista, o “Amarguras de un joven escritor”, insólita parábola acerca de los límites entre creatividad y criminalidad). En suma, con este fabulador, sin duda uno de los grandes de hoy, jamás sabemos lo que va a pasar. Y eso, sobra decirlo, ocurre con muy pocos literatos de la actualidad.

Vargas Llosa dijo, hace bastante tiempo, que Fonseca maneja como nadie elementos de la cultura popular, junto a materiales desechables, manidos y sórdidos de ella, para entregarnos novelas o narraciones cortas brillantemente concebidas. Y tiene toda la razón del mundo. Por supuesto que, en una carrera tan larga, hay altos y bajos, aciertos y desaciertos, si bien, en conjunto, prima lo bueno sobre lo malo e inclusive lo excelente ante lo mediocre. Sin ninguna duda, fue “Intestino grueso”, trabajo incluido en esta colección, lo que realmente asustó a los fiscales del arte. Probablemente esta sea la crónica más cercana a una defensa de la pornografía y el terrorismo intelectual que se haya imaginado. O lo más similar a una apología del yo que Fonseca haya elaborado. Aun así, es fácil engañarse: bajo el pretexto de una entrevista a un novelista famoso, tenemos, por un lado, una lógica implacable, expedita, muy peligrosa, y, por el otro, una denuncia pormenorizada del desastre ecológico, de la ruina urbana, de la selva delictiva en que se ha convertido Río de Janeiro, la tan amada y tan odiada ciudad adoptiva de Fonseca. El formato, consistente en un extenso diálogo, lo permite todo, y, no obstante, deja muchas cosas en el aire, muchos argumentos sin explicitar, que el lector de hace cuatro décadas debió discutir consigo mismo y el de hoy vuelve a plantearse, con pocas probabilidades de soluciones intermedias.